

con los magníficos despojos del antiguo mundo; y aunque derivada, en sus términos de expresión, de un arte que había florecido en remotos tiempos, no carecía del envidiable galardón de la originalidad, pues que no sólo eran las mencionadas formas patrimonio de la literatura cristiana desde la época memorable de Yuvenco, sino que fecundadas segunda vez por el espíritu de libertad é independencia que anidaba en nuestros mayores, revelaban en su misma tosquedad que habían echado profundas raíces en el suelo de España, para vivir con nueva y no menos gloriosa vida. Hé aquí cómo, al quedar reducida á la categoría de lengua muerta, perdía la latina el imperio antes ejercido sobre la muchedumbre, cediéndolo á los nuevos idiomas formados de sus propias reliquias; y cómo al reconcentrarse otra vez en las escuelas de monasterios y catedrales, para reponerse de semejante pérdida con el recuerdo de la tradición greco-romana, dejaba la literatura eclesiástica en completa holgura á la poesía popular, que ensanchando de día en día la esfera de sus triunfos, hacia alarde de enérgica vitalidad é independencia.

Cuando reconocidos con verdadero espíritu filosófico todos estos pasos, nos paramos á considerar el empeño con que la mayor parte de los críticos, así nacionales como extranjeros, procuran hacerla tributaria de otras literaturas, aun antes de tener vida, no sólo nos juzgamos obligados á rechazar tan erróneos asertos, sino que es para nosotros un misterio obcecación tan lastimosa. Concede la historia á los pueblos más incultos de la antigüedad cantos primitivos, inspirados únicamente por el instinto poético: los aborígenes de Italia ensalzan las victorias de sus caudillos en multiplicados himnos guerreros<sup>1</sup>; los bardos celebran en versos heroicos las proezas de sus más ilustres varones al dulce compás de la lira<sup>2</sup>; los antiguos pobladores de Iberia conservan la memoria de sus padres en largos y seculares poemas<sup>3</sup>; y en más cer-

1 Niebhur, *Hist. Rom.*, tomo I de la versión francesa.

2 *Bardi quidem fortia virorum illustrium facta heroicis composita versibus cum dulcibus lyrae modulis cantitarunt* (Amiano Marcelino, *Rerum Gestarum*, lib. XV, cap. IX, núm. 8).

3 Téngase presente lo que en el cap. I de esta I.<sup>a</sup> Parte observamos so-

canos tiempos, bien que en un estado todavía más agreste, consignan los moradores del Nuevo Mundo los hechos notables de sus caciques y señores en sus belicosos *mitotes* y funerales *areytos*<sup>1</sup>, ó ya transmiten de padres á hijos los habitantes del archipiélago Filipino en sus fogosos *tagumpays* la historia de sus más afamados capitanes, recordando al par en sus *dalaos* los trofeos alcanzados sobre sus enemigos<sup>2</sup>. Y mientras á nadie es permitido, sin pasar plaza de indiscreto, poner en duda la originalidad de todos estos cantos,—al tratar de los orígenes de la poesía española, perdiendo la senda de la verdadera investigación, llega el extravío de los críticos hasta el punto de hacerla forzosamente derivada de otras poesías coetáneas, señalándole diversas y encontradas fuentes, y cayendo por tanto en lamentables contradicciones.

Dos son no obstante las opiniones más generalmente propaladas: pretende la primera encontrar en la poesía de los árabes el modelo, á que respecto del metro y de la rima se ajustaron los cantores vulgares para componer aquella suerte de himnos religiosos y guerreros, que tomando al cabo por medio de expresión los nacientes idiomas, han llevado por excelencia el título de *romances*: intenta la segunda hallar en la poesía provenzal el tipo

bre el particular con la autoridad de Estrabon: véase también la *Ilustración* II.<sup>a</sup> del presente volumen.

1 Oviedo, *Historia general y natural de Indias*, I.<sup>a</sup> Parte, lib. V, cap. I; Parte II.<sup>a</sup>, lib. XXV, cap. IX, y en otros lugares en que explica las costumbres primitivas de los americanos. Véase la edición de la Academia de la Historia, hecha bajo nuestro cuidado (1851 á 1855).

2 Digna es de tenerse presente la clasificación que los indios tagalos hacían de sus diversos cantares, única expresión de su naciente cultura. El nombre genérico de toda canción era *avit*; las relaciones poéticas, en que se consignaban los hechos históricos, se denominaban *pamatbat*; el canto de los remeros *daguiray*; el de las fiestas y borracheras *hilirao*; el de las bodas *diona*; el de los funerales *sambit*, *ombayi*, ó *sambitan*; el religioso *divang*; el de la cuna *hilina* é *hilit*; el acordado de varias voces *yndolanin*; el desordenado *balatong*; el melodioso y suave *caguilinging*; y finalmente el desacordado, á que mezclaban terribles aullidos, *tangloyan*. Los himnos de guerra y de victoria llevaban los nombres notados en el texto, señalándose todo cantar antiguo con el título de *talindax* (*Vocab. de la leng. tagala* de los PP. Juan de Noreña y Pedro de San Lúcar, Manila, 1754).

inmediato de la versificación empleada por los primeros poetas eruditos ó *yoglares de péñola*, adelantándose á resolver, que no sólo «adoptaron la medida, sino hasta la colocación de sus versos»<sup>1</sup>; opinión que ha tomado no há mucho grandes creces, haciéndose extensiva á toda la poesía ultramontana<sup>2</sup>. Los que han seguido la filiación arábica, parecen haberse fundado en la vulgar creencia de que sólo con la invasión sarracena volvieron á ser gratos para los pueblos occidentales los encantos de las musas, ahogados del todo por los gritos de la escuela y por el estruendo de las armas los generosos instintos de la sociedad es-

<sup>1</sup> Moratin, *Orígenes del teatro español*, nota 6.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> Como habrán comprendido sin duda los lectores, nos referimos á la teoría sustentada en la *Introducción* á la traducción francesa del *Poema del Cid*, por el muy erudito Damás-Hinard (§ V, pág. XXXIII y siguientes). Con tanto acopio de erudición como ingenio, pero sin que logre traer la convicción á ningún lector realmente iniciado en el estudio de la métrica y de la prosodia española, intenta el distinguido traductor manifestar, tomando por ejemplo el *Poema del Cid*, que su versificación es derivada de las canciones de gesta francesas, adelantándose á sentar estos asertos: «Consacré par les romans carlovingiens de la France du midi et du nord, avant de passer dans notre Poème [du Cid], le mot *gesta* ou *geste* (narration historique en vers) indique aux critiques espagnols que, pour voir d'où vient leur versification, au lieu de tourner un regard superstitieux vers l'Orient, ils feraient mieux de regarder de ce côté des Pyrénées» (pág. XXXIV). Ni al Oriente ni al otro lado de los Pirineos han menester volver sus miradas los críticos españoles que en algo tengan la historia, para hallar las verdaderas fuentes de la metrificación, adoptada por los cantores vulgares y recibida más tarde por los eruditos. Como los provenzales (de quienes especialmente trataremos), los italianos y los mismos franceses, gozan nuestros padres por derecho propio la herencia legítima de la gran civilización romana, guardando acaso el tesoro de la tradición con más fidelidad que otros pueblos, merced á los nobles instituidores que siguen las huellas del grande Isidoro, llevando una y otra vez su influencia del lado allá de los Pirineos. Acaudalados con todos los metros latinos, guardados por la Iglesia en sus riquísimos *Himnarios*, ¿qué necesidad tenían los españoles de mendigar fuera lo que tenían en casa con tanta abundancia? Pero al estudio especial de todos estos puntos hemos consagrado las *Ilustraciones* del presente volumen, y no hay para qué alterar el plan de nuestros trabajos, por más que las nuevas teorías que diariamente se anuncian sobre la historia de la Península Ibérica, en todas sus manifestaciones, nos fueren alguna vez á ser insistentes.

pañola: los que han abrazado la genealogía franco-provenzal, procuran apoyarse principalmente en la prioridad de esta poesía sobre todas las modernas; y al mismo tiempo que niegan á las demás naciones la facultad del canto, concedida aun á los pueblos más bárbaros, condenan á nuestros padres á ser los últimos que despiertan del pretendido letargo, en que todas yacían<sup>1</sup>.

Mas no se han menester hercúleos esfuerzos para probar lo aventurado, injusto y arbitrario de semejantes asertos, si bien por lo arraigados y extendidos piden de suyo ser tomados en cuenta, y por lo contrarios á la verdad y ofensivos al sentido histórico de la nación española merecen ser ámpliamente refutados y dignamente desvanecidos; tarea que adelante realizamos para completar los presentes estudios<sup>2</sup>. Bueno será, no obstante, manifestar desde luego que ambas opiniones flaquean por su base, cuando se fija la vista en los estudios que llevamos hechos; pues que los monumentos, en su lugar examinados, prueban que lejos de haber caído España durante la monarquía visigoda en el doloroso cuanto inverosímil estupor que suponen los arabistas, nunca habia recibido la poesía tan ardiente culto, llegando á degenerar este en verdadero frenesí<sup>3</sup>: prueban asimismo con no menor evidencia que no interrumpida, al derrocar aquel Imperio, la tradición de eruditos y populares, si pudo la musa cristiana dirigir su vuelo á distintas esferas, en vez de enmudecer con el estruendo de las armas, recobraba en mitad de las lides más vigoroso acento<sup>4</sup>. Los pueblos que, como el español, descansan en un pasado lleno de gloria é iluminado por la antorcha de la religión, en cuya defensa militan; que han logrado una manifestación literaria tan rica, varia y majestuosa como la que ilustran en tantos siglos los nombres de Séneca y Lucano, Mar-

<sup>1</sup> Villemain, *Tableau de la litter. du Moyen âge*, tomo II de la ed. de 1852, lec. XV.

<sup>2</sup> Véanse en toda su extensión las *Ilustraciones* IV.<sup>a</sup> y V.<sup>a</sup>, donde ayudados de la historia y de la filosofía, procuramos ilustrar estas importantes cuestiones, relativas á los orígenes de la literatura vulgar española.

<sup>3</sup> Cap. X, pág. 147 y siguientes.

<sup>4</sup> Cap. XIV, pág. 202 y siguientes.

cial y Columela, Yuvenco y Prudencio, Orosio y Draconcio, Leandro é Isidoro, Eugenio y Julian; que han desarrollado en toda su extension las fuerzas creadoras de su genio nacional, ostentándole siempre dotado de verdadera originalidad y grandeza,—llegados al momento supremo de una trasformacion intelectual, que se refleje activamente en las regiones de las artes y de las letras, no buscan fuera de sí los gérmenes de aquella nueva vida, ni se olvidan de sus mayores hasta remedar en otras naciones los hábitos y costumbres que constituyen su entidad, como tales sociedades. Pueden oscurecerse aquellas antiguas glorias, merced á profundos y sucesivos sacudimientos y aun catástrofes: pueden las formas de expresion perder su belleza exterior, modificándose sucesivamente, en virtud de esos mismos acaecimientos, hasta exigir una trasformacion completa, en armonia con la operada al propio tiempo en el mundo de la moral y de la política; pero sin renunciar nunca á su propia vitalidad, sin borrar de sí la sagrada marca de los siglos, girando siempre dentro de aquella misma órbita, donde halló el primer molde literario el genio de la nacion, y repeliendo en consecuencia todo elemento contrario ó peligroso á su natural, aunque lento y difícil desarrollo.

No otra es la ley que rige á la poesia de los cristianos independientes en las diversas edades por que vá pasando, hasta que, extendiendo los romances vulgares, hablados ya de largo tiempo, su dominio á los semidoctos, llega al instante de ser escrita. Y si tanto en los poemas, meramente latinos, como en los vulgares que de aquella apartada época han llegado á nuestros días, hallamos no escaso sabor de orientalismo, fruto es, segun queda repetidamente insinuado, no sólo de aquel primer influjo que ejercen en las regiones de Iberia sirios y fenicios <sup>1</sup>, sino del más directo, del más inmediato y por tantos conceptos legítimo de las Sagradas Escrituras; base indestructible de la creencia, y luz que brilla igualmente en la musa de Yuvenco y Draconcio, de Eugenio y de Conancio, y en la elocuencia de Leandro é Isidoro, de Ildefonso y de Valerio. No es pues lícito el buscar en la poesia de árabes ó de lemosines las formas artísticas de aquellos primitivos

<sup>1</sup> Cap. I, pág. 8 de esta I.<sup>a</sup> Parte.

cantos nacionales, contrarios, interior y exteriormente considerados, al genio peculiar de ambas musas, sin caer en reprehensible error, y sin olvido manifiesto de todo fundamento histórico.

Dia llega por cierto en que esa doble influencia, generalmente presentida, mas no determinada todavia cronológicamente por ninguno, de una manera incuestionable, en la historia de nuestras letras <sup>1</sup>, se insinúa en ellas clara y distintamente; y mengua seria entonces de la sana crítica el desconocerla ó rechazarla, despojándose de los medios de explicar uno de los más sorprendentes y fecundos desarrollos de la civilizacion española. Pero cuando esto se verifica, sobre haber experimentado ya la *poesia escrita* de los vulgares una trasformacion importante, lleva andado largo camino, despues de merecer el nombre de *erudita*; única situacion en que le era dado recibir toda influencia esencialmente literaria ó filosófica. La del arte indo-oriental, que como la de los trovadores provenzales, sólo pudo penetrar en la literatura castellana á mediados del siglo XIII <sup>2</sup>, se habia ya indicado á principios del XII en la latino-elesiástica con los doctos trabajos del celebrado converso Pero Alfonso, quien atento á ser útil al gremio católico, en que se habia inscrito, puso en la lengua de la Iglesia la peregrina coleccion de apólogos que procuramos quila-

<sup>1</sup> Terminados teníamos estos estudios, cuando Mr. Adolfo de Puibusque dió á luz su docta y elegante traduccion del *Conde Lucanor*, precedida de un excelente discurso sobre la introduccion del apólogo de Oriente en Occidente (Paris, 1854). En ella, si bien no llega á establecer bajo todas sus relaciones la tradicion literaria de la forma simbólica, resuelve acertada y magistralmente muy interesantes cuestiones, abriendo el camino á la verdadera investigacion crítica. Mr. de Puibusque no vacila en adjudicar á España la gloria de haber traído al seno de Europa el apólogo oriental; justicia que si no se nos habia rehusado antes de ahora, tampoco se nos habia hecho noble y paladinamente. Mientras prosiguiendo nuestros estudios, llega el momento de mencionar con mayor espacio el erudito discurso de Mr. Puibusque, juzgamos conveniente rendirle el homenaje de nuestra gratitud, por el loable celo con que ha procurado tratar punto de tanta importancia en la historia de nuestras letras.

<sup>2</sup> Véase el cap. IX del siguiente volumen.

tar en el capítulo precedente, distinguiéndola con el título de *Disciplina Clericalis* <sup>1</sup>.

Siglo y medio transcurre sin que hallemos en las letras españolas, cultivadas por los que se pagaban de entendidos, huella alguna del arte oriental ó simbólico, siendo necesario avanzar todavía hasta la segunda mitad del XIV para encontrar en el idioma castellano las estimadas fábulas de Pero Alfonso <sup>2</sup>. Mas este apartamiento que esteriliza por tantos años respecto de la literatura vulgar los laudables esfuerzos de aquel diligente cultivador de la oriental y de la eclesiástica, tenía origen en el mismo estado á que había venido la última, con el nacimiento y natural progreso de las lenguas romances, que aspiraban desde la cuna á ser las únicas que representaran la nacionalidad literaria de nuestros abuelos. Ya lo dejamos apuntado y conviene aquí repetirlo: la Iglesia española, que inmutable como el dogma sobre que su constitucion estribaba, no podía admitir las referidas lenguas por intérpretes de la liturgia, se había visto forzada desde mediados del siglo XI á usar de toda su autoridad, para que se conservara por ambos cleros el degenerado latin de las escuelas <sup>3</sup>: sus repetidos mandatos, segundados por las colonias cluniacenses, que pasan los Pirineos bajo los auspicios de Alfonso VI, producian al cabo una reaccion favorable á los estudios, renovándose en ellos las

<sup>1</sup> Decimos que puso en la lengua de la Iglesia, porque al comenzar el prólogo parece dar á entender que escribió antes en otra este peregrino libro, con las siguientes palabras: «Deus in hoc opusculo mihi sit in auxilium, qui mihi librum hunc componere et in latinum convertere compulit.» Aunque algunos sospechan que pudo ser el romance vulgar, tenemos por más fundado que fuera esta su lengua materna la hebrea, cultivada á la sazón con sumo esmero por los más doctos rabinos de Aragon y de Castilla.

<sup>2</sup> La traduccion castellana del precioso libro de Pero Alfonso es absolutamente desconocida en la república literaria. Descubierta por nosotros, así como otros muchos monumentos de la poesía y de la elocuencia española, nos reservamos darla á conocer en lugar oportuno de la presente *Historia crítica*.

<sup>3</sup> Entre otras disposiciones que pudiéramos alegar, debe recordarse el canon ya citado antes de ahora, en que los Padres del concilio de Santiago ordenaron que no se eligiesen abades, sin que antes probaran que sabian explicar las Santas Escrituras [1056].

nociones de la antigüedad clásica en la forma que hemos reconocido, al examinar los libros de Pedro Compostelano <sup>1</sup>. Pero á medida que los estudios eclesiásticos se reponen y cobra con ellos mayor lustre la ya muerta lengua latina, se estrecha el círculo de sus cultivadores, creciendo la distancia que los separa de los poetas vulgares, desdeñándose, ya que no repeliéndose mutuamente; y este aislamiento, que sólo podía cesar cuando llegaran las nuevas literaturas á ser patrimonio de los doctos,—poniendo cierto limite y valladar entre discretos y populares, hacia infecundas y frustráneas todas sus recíprocas conquistas.

No otras son las principales causas que contribuyen á encerrar por tanto tiempo dentro de la esfera de las letras latino-eclesiásticas los elementos indo-orientales, traídos al seno de la civilizacion española por el converso Pero Alfonso: la poesía vulgar, todavía en su cuna, cuando la *Disciplina Clericalis* se escribe, sólo podía alimentarse del sentimiento religioso y del sentimiento patriótico que le habían dado vida. Eran la piedad y la guerra las únicas fuentes de sus inspiraciones; y atenta sólo á fortificar la creencia y á preconizar las victorias alcanzadas en su nombre sobre la morisma, ni cumplía á su alto ministerio el desvanecerse con extrañas conquistas y preseas, ni le era dable tampoco mudar de índole y naturaleza, sin perder en un solo día aquella enérgica vitalidad, que aun despues de hecha erudita, debía ca-

<sup>1</sup> Cap. XIV. Una observacion general, relativa á la poesía latina, comprueba con mayor exactitud estas observaciones. Mientras decae y se pierde cada día más, en las obras escritas en prosa, el uso del hiperbaton, segun hemos repetidamente advertido, se esfuerzan los metrificadores en hacer gala de su empleo, no pareciendo sino que restaurada esta nocion con el estudio de los clásicos, fiaban todo el éxito de sus poemas á su más frecuente ejercicio. Una diferencia capital se descubre no obstante entre las producciones de los clásicos y las obras de que tratamos: en aquellas cede el hiperbaton á la naturaleza musical de la prosodia, aumentando en consecuencia las bellezas del lenguaje: en estas satisface sólo á la realizacion de un precepto, más respetado que comprendido, produciendo á veces oscuridad y enmarañando casi siempre la frase. De cualquier modo la observacion es digna de consignarse, y su comprobacion tan fácil y sencilla, como que basta sólo para producir la lectura de algunos versos (Véanse los citados en el capítulo anterior y los más de la *Ilustracion* I.<sup>a</sup>).

racterizarla, sometiendo á su imperio cuantas ideas y formas literarias y artísticas vinieran al suelo de la Península.

Bajo estas condiciones y auspicios llegaban pues á fijarse por medio de la escritura los cantos de la musa popular, dando principio á la inextimable série de monumentos, que reflejando vivamente la cultura de nuestros mayores, forman la historia de la manifestación del genio español en las lenguas romances, sobre las cuales predomina al cabo la castellana, hablada en las regiones centrales de la Península <sup>1</sup>. Con su exámen emprendemos también nosotros la difícil y larga tarea, á que sirven de indispensable y naturalísimo cimiento cuantos estudios llevamos hechos, abrigando la seguridad de que, así como lo hemos realizado respecto de las latinas, hallaremos plenamente confirmadas en la exposición crítica de las obras escritas en lenguas vulgares, las observaciones y principios fundamentales que dejamos asentados en orden á la índole del ingenio español, uno siempre en su esencia, bien que vario en sus accidentes exteriores. Ni pudiéramos en esta parte temer la nota de inconsecuentes, cuando al recorrer con investigadora solicitud las diferentes edades, por que vá pasando desde que dá señales de vida bajo la protectora salvaguardia de los Césares, hasta que toma por instrumento los idiomas vulgares, le hemos visto siempre consecuente con los principales caracteres, de que hace gala al aparecer en medio de los antiguos pueblos, mostrándose al par en absoluta consonancia con las distintas necesidades experimentadas por la sociedad y en estrecha armonía con las manifestaciones de las demás artes <sup>2</sup>.

Sin renunciar por tanto á su propia esencia, sin abjurar pobre

<sup>1</sup> Introducción, págs. C y siguientes.

<sup>2</sup> Este aserto tiene su más completa confirmación en la historia de las bellas artes, que como la poesía, están llamadas á revelar con toda fuerza y exactitud el progresivo estado de la cultura de cada pueblo. Á falta de una historia tan completa como sin duda exige nuestra patria, remitimos á nuestros lectores al ya citado *Ensayo Histórico sobre los diversos géneros de Arquitectura empleados en España*, donde bajo el aspecto de esta arte hace el docto académico, don José Caveda, importantes observaciones (Caps. II, III, IV, V, VI y VII, Madrid, 1848).

y mezquinamente de su originalidad en todas partes consignada, imposible era que interrumpiese el ingenio español su curso grave y majestuoso, arrastrando por el contrario en su impetuosa corriente cuantos ricos y extraños veneros llegaron á acaudalarlo. No olvidemos tampoco respecto de esta ley suprema de la literatura española, que siendo una misma la ocupación de la sociedad entera, antes y después del triunfo alcanzado en la forma ya indicada por las lenguas romances, ocupación en que estribaba grandemente su felicidad futura, uno debió ser también el interés que dominara en las creaciones del arte, llamado á representar la vida intelectual del pueblo, por más que entrando en las vías del verdadero progreso científico y literario, pudieran aquellas modificarse en ciertos y determinados accidentes. Esta unidad y consecuencia del ingenio y del arte español, si es lícito llamarlo así, forman pues la más amplia base de sus producciones, y deben servir de seguro norte á los fallos de la crítica, si ha de merecer el título de filosófica, logrando al propio tiempo llegar al término de tantos ambicionado, si bien de nadie hasta ahora conseguido.

Tal ha sido en verdad nuestro constante anhelo, al examinar en el largo espacio que llevamos andado las obras producidas por las letras hispano-latinas en medio de tantos contratiempos y vicisitudes. Ni el vano propósito de ostentar una erudición laboriosamente allegada, ni el infecundo afán de establecer inverosímiles teorías, nos han movido por ventura á dar á las presentes investigaciones la extensión que han recibido de nuestra pluma. Para apreciar dignamente lo que había sido, era y debía ser el ingenio español, parecíanos de todo punto necesario el conocerlo por entero, evitando así el peligro en que han caído casi todos cuantos dentro y fuera de España han escrito de nuestra literatura, dejando por resolver multiplicados problemas, y su historia lastimosamente acéfala <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Notable es en verdad que el último escritor extranjero que ha procurado trazar la *Historia de la literatura española*, el muy erudito Mr. George Ticknor, arrastrado en la general corriente, haya incidido en este censurable error de crítica. Al aparecer su obra en la república de las letras, decíamos,

Que hemos alcanzado alguna parte del fin propuesto lo prueba con la posible evidencia la série de observaciones que constituyen estos estudios: de ellos se desprende sin género alguno de dudas ni perplejidades, que si han sido varios y encontrados los intereses que agitan durante muchos siglos el suelo de la Península; si han conturbado profundamente grandes conflictos y afrentosas catástrofes á sus moradores; si, en una palabra, se han visto sus hijos sometidos por la mano de la Providencia á todo linaje de infortunios, siempre se ha reflejado en las creaciones del arte esa unidad interna, esa entidad especialísima, ese *quid hispanum*, que dando perenne testimonio de la enérgica vitalidad del sentimiento, debía trasmitirse con igual fuerza á las generaciones futuras, para infundir su genuina y vigorosa fisonomía á nuestra nacionalidad literaria.

Demostrar la forma en que este hecho se verifica respecto de los primeros monumentos escritos de la poesía vulgar; descubrir esas relaciones interiores del arte y de la idea que domina en las más apartadas épocas, objeto es ya de los siguientes volúmenes, donde aspiraremos, como hasta aquí, á seguir fielmente bajo todas sus fases el vario y complicado desarrollo de la civilización española. No hay para qué detenernos á manifestar sin embargo, que preferiremos constantemente á todas las demás la manifestación literaria, y que sólo acudiremos á las ciencias ó á las artes para demandarles auxilio, cuando no alcancemos á ex-

acerca de su plan, lo siguiente: «Mr. George Ticknor, desentendiéndose de la averiguación filosófica de los orígenes de la literatura española, no ha reparado en que iba su historia á carecer de verdaderos cimientos, apareciendo á la vista de los hombres entendidos como una obra *lastimosamente acéfala*. Desprovisto del poderoso auxilio que habria encontrado sin duda en semejantes especulaciones, ni le es dado explicar de una manera sencilla y satisfactoria el nacimiento de la poesía española, ni acierta á fijar sus primeros pasos, ni sospecha siquiera sus primitivas transformaciones, dejando en las tinieblas y oscuridad en que yacían, aquellos preciosos monumentos de nuestra cultura» (*Revista Universal*, tomo II, pág. 282). Al censurar pues el plan adoptado por Ticknor, claro y evidente era que nosotros habíamos intentado echar más ancha base á las investigaciones crítico-literarias, sin que por esto abrigáramos la vana presunción de haber logrado completo acierto.

plicar de otra manera lo que son, lo que valen y lo que representan por sí las obras del ingenio, cuando tienen por instrumento y término de expresión la palabra.

Cúmplenos hacer, antes de terminar, una declaración importante: hasta ahora hemos considerado en conjunto las producciones del ingenio español, ya hayan sido fruto de los hijos de la antigua Bética, ya de la Lusitania, y ora hayan florecido orillas del Jalon, ora á las márgenes del Túria: todas lograban en la lengua latina, así en los días de su mayor grandeza como en su lenta y sucesiva decadencia, un solo medio de manifestación, caminando en consecuencia por el mismo sendero; mas esta unidad exterior no podia menos de alterarse con la aparición de las hablas vulgares, llegando á quebrantarse enteramente, luego que obtienen las mismas el lauro de ser escritas. Todas habian alegado hasta entonces iguales títulos para alcanzar la preferencia como lenguas literarias; pero erigida Castilla por larga série de acacimientos en centro del Imperio cristiano, y conforme ó semejante del todo su viril y armonioso idioma al hablado en la mayor parte de las regiones centrales de la Península <sup>1</sup>, ostentábase al cabo como el más digno intérprete de la nueva literatura, ya cultivada por eruditos y populares, dejando á los demás romances reducidos, con el trascurso de los siglos, á la simple categoría de *dialectos*. Así que, sin despojar á Galicia y Cataluña de la gloria que realmente les corresponde en el desenvolvimiento de la poesía nacional <sup>2</sup>; sin condenar tampoco á sus más señalados ingenios á

<sup>1</sup> Véase la *Ilustración II.*<sup>a</sup>, donde procuramos señalar las comarcas donde fué hablada desde su cuna la lengua que lleva por excelencia título de *castellana*.

<sup>2</sup> No juzgamos ocioso el notar aquí que al mencionar á Galicia, tenemos también en cuenta á Portugal, cuya literatura, por más que el ciego espíritu de bastardos intereses ose contradecirlo, reconoce las mismas leyes fundamentales que la española, como nacida en su propia cuna y alimentada de su propia sangre. Ni puede con más razón desgajarse del árbol de la nacionalidad española la poesía catalana, cualquiera que sea el empeño de separar sus destinos del resto de la Península. Lo que la Providencia ha consentido y la historia revela con luz clarísima, no ha de someterse al capricho de interesados cálculos, ni permanecer envuelto en el error, aunque haya este nacido entre